- Lo Aubiera po tendos por una conseja de 🔊 no

Tero abos of sacis orely -

- Arres dudarfa del sol que nos alumbra.

Aras clavines Hameron «atención», se dieron les as es respectivos, y se pusieron en mahoñaña.

Be Satillero y leg major no habian perdido ni mia sa sua de la conversación de los escinles.

desper et av esp al nor alle ned our el envidure<mark>nt — . Askangeth is niver i sir el ne conseque discribitad es</mark>

- Claus, contestó el hombre: el teroro debe existir, y

Alle frames d buseur.

- May bien pensado: por abera tengo sed. Gaen-

Eba la boureda familia do tío Indo desempeñando In bea resa comisión de espías. विकारिक विकारिक

a overez sor un augur que monar de aemo ma ungrebra el medio dha becandados iban futigndos, redienas y sin comer, y não de cilos descubrió entro los circines un abarto semejante d una mimoso, com un racinos de uras

ement annum o tropp de mos Villasios sol em se obid. ?

Veneno

os acontecimientos que vamos á referir en este capítulo son tan extraordinarios, que á no ser tan verdaderos, no nos permitiríamos ni darles entrada en una novela: porque siendo una ficción, sería faltar al respeto á nuestros lectores, el presentarles este cuadro. Pero más de tres mil testigos pueden jurar la verdad de este episodio, que no comprendemos, porque pasó casi inapercibido.

Los franceses y belgas habían ocupado á Tacámbaro, y la columna republicana tomó el camino de la hacienda de Puruarán, donde pernoctó: allí quedó el general Arteaga, á quien sus heridas antiguas no le permitían caminar más, con doscientos jinetes, y el resto de la fuerza se dirigió rumbo á Uruapan, pasando cerca de Ario, lugar ocupado por el enemigo.

El primer día de camino la tropa tuvo que pasar en la Sierra, por un lugar que llaman la cuesta del Tigre. Era el medio día: los soldados iban fatigados, sedientos y sin comer, y uno de ellos descubrió entre los encinos un arbusto semejante á una mimosa, con un racimo de uvas pequeñas y rojas.

Sabido es que los soldados comen cuanto ven con figura de fruta, y aquél cortó la frutilla y la devoró con ansia.

Un oficial que iba cerca, lo advirtió.

- ¿Qué comes? le dijo.
- Esta frutilla, mi capitán; ¿quiere usted?
- et e contesimientos que s'ama? v esp someimientos so
- 108 No la conozco, pero está sabrosa. cintigao
- den Verdaderos, no nos veneno. Ou establisto nat
 - No, mi capitán: oq :alavon agu na abartaa

El oficial volvió la cara buscando á alguien que conociese la fruta, porque los arbustos se iban haciendo más y más abundantes, y todos comenzaban ya á comer.

Tío Lalo, Ramona y Cacomixtle iban cerca, y eloficial los llamó. T à obsquos naldad anglod y sessonari sod

- Oye, dijo á Lalo; ¿ conoces esa frutilla?
 - Sí, señor: nosotros la llamamos petatillo.
- rani ¿Se puede comer? ¿no es veneño? d sua neinp à , an
- No, señor: por mi tierra hay mucha, y hacen atole de él las mujeres; pueden comer cuanta quieran, que no hace mal.

Muchos oyeron la relación del tío Lalo; y la noticia de que aquella frutilla era inocente voló de boca en boca, y hasta los más tímidos se pusieron á comer sin escrúpulo.

- ¿Qué has hecho? dijo Ramona á su marido; ¡si esa fruta es veneno!
- Mejor; ya lo sabía yo: déjalos que revienten todos:
 lo que importa es alejarnos, no comience á hacer efecto
 y me echen la culpa. Vámonos: anda, Cacomixtle.

Y se pusieron á caminar, ganando terreno, porque los soldados estaban entretenidos en la cosecha del petatillo, abundantísimo por allí.

- Jorge, dijo Murillo, no comas esa hierba.
- ¡Dios me libre! Me causa aversión.

Pero todos comían, á pesar de las amonestaciones de Murillo y Jorge.

Se siguió el camino, y habían ya pasado dos horas, cuando un soldado lanzó un grito extraño, tiró el fusil y cayó á tierra en medio de espantosas convulsiones. Nadie se acordaba de la frutilla; nadie atribuyó aquello sino á algún mal crónico, á epilepsia que sin duda padecería aquel hombre.

A las cinco de la tarde, la infantería hizo alto en una pequeña ranchería que se llama Urapita, y la caballería en una pobre fundición de fierro que se llama las Escobillas. Eran dos mil infantes y ochocientos jinetes: las mujeres, los criados, los vivanderos, etc., podrían componer otras cuatrocientas personas: formaba aquel grupo, pues, un total de tres mil doscientas personas cuando menos.

Todos habían comido el fruto del petatillo á la misma hora, y á la misma hora, con corta diferencia, debía hacer efecto el veneno. La tropa acababa de hacer alto, y se iba á pasar lista.

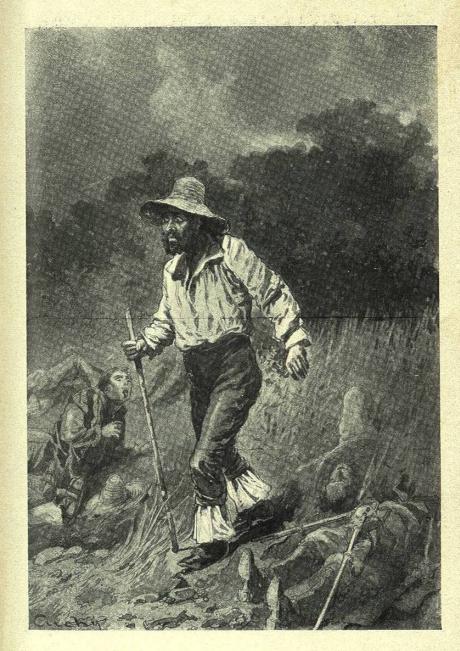
Un dragón lanzó un grito y cayó del caballo, y casi al mismo tiempo, otro, y otro, y veinte, y ciento, y todos.

Los hombres caían como granizo; por todas partes lanzando aquellos gritos estridentes, horrorosos, que hacían estremecer; se retorcían y se revolcaban por el suelo haciendo gestos espantosos, con los ojos torcidos, mordiéndose y destrozándose la lengua y arrojando la sangre de aquellas heridas revuelta con una espuma blanca y fétida.

Un sudor frío y viscoso cubría sus rostros azulados, y hacía pegarse en ellos el polvo del campo, dando con esto un aspecto más sombrío á todos aquellos infelices.

Pasaba un acceso, entraba un momento el reposo, y de repente otro ataque más terrible que el anterior venía á causar nuevos dolores y nuevos tormentos á los enfermos.

Ninguna medicina, ningún auxilio era allí posible; treinta ó cuarenta personas habían quedado en pie, y con



... se adelantó cautelosamente en medio de los envenenados...

ellas nada se podía hacer, siendo los atacados más de tres mil.

No había centinelas, ni guardias, ni nada; no se desembridaron los caballos, y aquellos animales, acosados por el hambre y la sed, comenzaron á buscar alimento y agua, arrastrando unos la lanza que se atoraba en la cuja, rompiendo otros la montura entre los árboles, haciendo otros dispararse los mosquetones al echarse en tierra con las armas que nadie había podido quitarles.

Aquello era espantoso: cualquiera descripción es fría y descolorida, comparada con aquel cuadro de luto y desolación; cualquiera idea que pueda formarse es débil y dista mucho de aquella escena sombría.

La noche tendía ya su manto, y negras y tempestuosas nubes se iban levantando por el Oriente.

La maleza del bosque dió paso á un hombre, que se adelantó cautelosamente en medio de los envenenados, que se agitaban como reptiles moribundos.

Era tío Lalo.

— Bien, dijo, surtió efecto; es una fortuna: en dos horas de camino estoy en Ario, y á las doce de la noche ya está aquí nuestra tropa, lanceando á estos perros que no harán más resistencia que si fueran cerdos.

Y desapareció por donde había venido.

- Murillo, dijo Jorge; ¡esto es horrendo! ¡me parece que soy víctima de una pesadilla!

- ¡Qué noche, Dios mío! contestó Murillo: ¡esos gritos, y esos gestos, y esas bocas llenas de espuma sangrienta, todo me aterra, me espanta! Creo que voy á volverme loco.
- Y la tempestad que está encima, y no hay ni con qué cubrir á uno solo de esos desgraciados...
- No es eso sólo; si el enemigo lo sabe, con cincuenta hombres nos derrota, nos prende á todos...
 - -¿Pero habrá quién tenga corazón de avisarle?
- Creo que no; sería necesario tener corazón de hiena.
 - ¿Han muerto muchos?
 - No sé: yo he visto expirar á varios...
 - Ya está ahí la tempestad.

En efecto, los rayos se hacían más frecuentes y caían más cerca, y el agua se desprendió de las nubes; en un instante quedaron empapados aquellos infelices enfermos...

Tío Lalo y su familia caminaban lo más aprisa que les permitía la obscuridad de la noche, con objeto de llegar á Ario y dar parte de lo que acontecía en el campo republicano; pero por más que hacía, el camino era escabroso y la tempestad ennegrecía más y más el cielo, hasta que comenzó á llover.

Entonces, maldiciendo su suerte, y á los republicanos, y á la lluvia, y hasta al cielo mismo, tuvo que detenerse á su pesar.

Los torrentes crecieron con la lluvia, los senderos del bosque quedaron intransitables, y tío Lalo reservó para la madrugada la buena noticia que llevaba á los imperiales.

Así es que mientras los independientes se quejaban de la tormenta, la tormenta los salvaba de caer en manos del enemigo, que los hubiera encontrado inermes.

Toda la noche lucharon los enfermos entre la vida y la muerte; muchos sucumbieron; pero fueron muchos los que se salvaron; y cuando el sol del día siguiente alumbró, los muertos estaban depositados en una galera de la fundición, y los que habían escapado, pálidos y vacilantes, formaban en sus cuerpos respectivos, en el llano sembrado de flores donde se levanta la ranchería de Urapita.

Cuando los imperiales vinieron al lugar de la catástrofe sólo encontraron cadáveres, y unos muy pocos enfermos, que quedaban incapaces de caminar, y á los que determinaron desde luego fusilar en Ario.

Tío Lalo, satisfecho de su obra, pero temeroso de los republicanos, se decidió á emprender un viaje en busca del tesoro; y seguido de su Ramona y de Cacomixtle, tomó el camino de Huetamo.